



*Santiago Cárdenas,
Vaso con lápiz,
1991,
óleo sobre lino, 29.5 x 40.5 cm.*

LENGUA Y LITERATURA

- LA LECTURA, ESPACIO DE HUMANIDAD
- PARADIGMAS AXIOLÓGICOS EN LA LITERATURA Y SU INTERPRETACIÓN
- LO CORTAZARIANO EN LA NARRATIVA DE CRISTINA FERNÁNDEZ CUBAS Y JOSÉ MARÍA MERINO

LA LECTURA, ESPACIO DE HUMANIDAD

Manuel Casado Velarde *

Resumen: la lectura literaria es una de las actividades más enriquecedoras que podemos realizar. Por la importancia que tiene para adquirir sabiduría, para ensanchar nuestra experiencia y para aprender a vivir, importa mucho que, desde la infancia/adolescencia, se adquiera el hábito de leer a los clásicos, entre los que no hay que olvidar a los poetas. Junto al hábito de lectura, importa mucho asimilar criterios de calidad literaria para poder seleccionar lo que vale la pena leer.

Palabras clave: lectura, literatura, clásicos, poesía, valores.

Abstract: Literary reading is one of the most enriching activities to enjoy. The habit of reading the classics, poets included, must be formed since childhood and adolescence because of its importance for acquiring wisdom, for widening our experience and for learning to live. Simultaneous to the reading habit, it is necessary to assimilate literary quality criteria in order to select what is worthwhile.

Key words: Reading, literature, classics, poetry, values.

Sommaire : La lecture littéraire est une des activités les plus enrichissantes que nous pouvons réaliser. À cause de l'importance qu'elle a pour acquérir de la sagesse, pour élargir notre expérience et pour apprendre à vivre, il est important que, depuis l'enfance/adolescence, on acquise l'habitude de lire les classiques, parmi lesquels il ne faut pas oublier les poètes. À côté de l'habitude de la lecture, il importe beaucoup d'assimiler des critères de qualité littéraire pour pouvoir sélectionner ce qui vaut la peine d'être lu.

Mots clés : Lecture, littérature, classiques, poésie, valeurs.

* Universidad de Navarra. Universidad de Navarra. Campus Universitario, 31080. Pamplona, Navarra, España. mcasado@unav.es

Recibido: 18 - 7 - 06
Aceptado: 8 - 10 - 06

Lectores y leedores

El año 2005, además de conmemorarse el cuarto centenario del Quijote, fue también el año del libro y de la lectura. Y precisamente a la lectura, que es una de las actividades más enriquecedoras que puede realizar una persona, quiero dedicar las reflexiones que siguen.

He dicho lectura. Pero hay muchas maneras de leer. Lo mismo que en español disponemos de dos palabras, escritor y escritor para designar a quien ejerce el oficio de escribir (la segunda de ellas definida por el diccionario como “mal escritor”), habría que habilitar, al lado de la palabra lector, la palabra leedor, a la que adjudicar las caricaturas de la actividad de leer. Lectores, verdaderos lectores, me temo que hay pocos. “Uno de los efectos del desorden intelectual contemporáneo es que mientras ha crecido el número de los leedores, se ha vuelto rareza singular el tipo puro del lector”¹. La mayoría de la gente –escribe Thoreau a mediados del siglo XIX– ha aprendido a leer para servir a una mezquina conveniencia, del mismo modo que se aprende a contar para llevar la contabilidad y que no le engañen a uno en los negocios; pero poco o nada saben de lo que es la lectura como noble ejercicio del intelecto².

Es lector, escribe Pedro Salinas, el que lee por leer, por el puro gusto de leer, por amor invencible al libro, por ganas de estar con él horas y horas [...]. Ningún ánimo, en él, de sacar de lo que está leyendo ganancia material, ascensos, dineros, noticias concretas que le aúpen en la escala social, nada que esté más allá del libro mismo y de su mundo³.

- 1 Pedro Salinas, *El defensor*, Barcelona, Península, 2002 [1948], p. 237.
- 2 Henry David Thoreau, *Walden o la vida en los bosques*, Yale University Press. Annotated edition, 2004 [1854]. Citado en Salinas, *idem*.
- 3 *Ibid.*, p. 239.

Todos somos, al menos ocasionalmente y en mayor o menor medida, leedores. Pero en lo que sigue me voy a referir al lector puro, al lector de lo que ordinariamente –y sin muchas precisiones– llamamos literatura. “Cuando en una encuesta se pregunta a alguien por su afición a la lectura, no se trata de saber si frecuenta el periódico o el manual de instrucciones de la lavadora, sino si lee algo que, con mayor o menor enjundia, pertenece al ámbito de lo que convencionalmente llamamos literatura”⁴.

Aprender a leer, aprender a vivir

Hoy día, en el mundo desgarrado y complejo en que vivimos, la lectura literaria es algo necesario para el logro de una vida armónica, equilibrada; para una vida plenamente humana; para el acceso a la Cultura con mayúscula. Y las bibliotecas o los rincones silenciosos son espacios de humanidad, reductos de libertad, que debiéramos codiciar con avaricia. Y trabajar para que sean cada vez más los adeptos y adictos a esta causa forma parte de esa pequeña y apasionante revolución que vale la pena llevar a cabo a diario⁵.

Por lo demás, conseguir que los alumnos, aun los adolescentes de secundaria, sientan la magia de las palabras, la fascinación por la buena literatura, no es algo utópico. “El alumno se da cuenta muy rápidamente de dónde reside la belleza, y espera que alguien se lo haga notar”⁶.

- 4 Ricardo Senabre, “La lectura necesaria”, *El semanal*, Madrid, 6-12 de abril, 2006, p. 11.
- 5 George Steiner y Cécile Ladjali, *Elogio de la transmisión. Maestro y alumno*, trad. de Gregorio Cantera, Madrid, Siruela, 2005. (Título original: *Éloge de la transmission. Le maitre et l'élève*, Éditions Albin Michel, 2003), p. 36.
- 6 *Ibid.*, p. 97.

En realidad, es en la enseñanza secundaria donde se libran los combates decisivos contra la barbarie y el vacío. ¿Piensa usted –preguntaba Ladjali, una profesora francesa de secundaria, a Steiner– que en la escuela y en el instituto es donde cristaliza todo lo primordial? Y contesta el crítico literario:

En cierto sentido, estoy convencido de que el periodo universitario es ya demasiado tarde. No es de especialización o de estudios superiores de lo que hay que hablar. El niño es la materia prima de la cultura, de la civilización en sí. El vocablo griego para designar la educación, la cultura, es una palabra que designa a un niño: *paideia*, *paidós*. Si somos capaces de inculcar en un niño determinados sueños, el rechazo a una cierta vulgaridad, a todo lo inhumano o a las enormes decepciones, tendremos una posibilidad de ganar esa batalla. ... Con el rasante igualitario, mediante la falsa democracia de la mediocridad, matamos en los niños la posibilidad de sobrepasar sus limitaciones sociales, domésticas, personales, e incluso físicas. En la universidad, ya es demasiado tarde; la batalla esencial ya se ha perdido. No siempre, claro está, porque también hay muchos seres humanos que maduran más lentamente, de forma tardía⁷.

Lectura y sabiduría

La gran literatura de todos los tiempos es un espejo en el que podemos conocernos; en el que se nos ofrece, como en muchas otras obras de arte, una imagen de nuestra “escondida totalidad”⁸, de la unidad de vida a que aspiramos, muchas veces sin saberlo; de la asombrosa magnitud de la condición humana. Es una buena guía en el viaje hacia la propia identidad⁹.

Los grandes genios del arte literario son aquellos que han acertado a contar el drama que acontece en el corazón del hombre de todos los tiempos: el amor y el dolor, la miseria y la grandeza. Y han intuido al menos, a veces

entre brumas, lo que le hace feliz o desgraciado, lo que le encumbra o le degrada.

En las sociedades carentes de escritura, esos conocimientos sapienciales se confiaban a la memoria. Por eso

la memoria fue muy valorada por las grandes culturas No el recuerdo de simples acontecimientos, tampoco esa memoria que sirve para almacenar información en las ahora computadoras: hablo –dice Ernesto Sábato–, de la necesidad de cuidar y transmitir las primigenias verdades.

En las comunidades arcaicas –continúa el novelista argentino–, mientras el padre iba en busca de alimento y las mujeres se dedicaban a la alfarería o al cuidado de los cultivos, los chiquitos, sentados sobre las rodillas de sus abuelos, eran educados en su sabiduría; no en el sentido que le otorga a esta palabra la civilización científicista, sino aquella que nos ayuda a vivir y a morir; la sabiduría de esos consejeros, que en general eran analfabetos, pero, como un día me dijo el gran poeta Senghor, en Dakar: “La muerte de uno de esos ancianos es lo que para ustedes sería el incendio de una biblioteca de pensadores y poetas”¹⁰.

Esa sabiduría es, muchas veces, la fuente de las imprescindibles certezas sobre las que edificar la propia vida, sin necesidad de acudir a “opiniones que falsifiquen el significado de las cosas para soportarlas”¹¹. Porque, como ha escrito Steiner, “los mesías seculares”, es decir, el marxismo, el psicoanálisis de Freud y el estructuralismo de Lévi-Strauss, esas “tres grandes mitologías concebidas para explicar la historia del hombre, la naturaleza del hombre y nuestro futuro”¹², esas “tres construcciones visionarias nos han dejado con una profunda e inquietante nostalgia del Absoluto”¹³.

7 Ibid., pp. 118-119.

8 Octavio Paz, *La otra voz. Poesía y fin de siglo*, Barcelona, Seix Barral, 1990, p. 73.

9 Eduardo Terrasa, *El viaje hacia la propia identidad*, Pamplona, Eunsa, 2005.

10 Ernesto Sábato, *Antes del fin*, Barcelona, Seix Barral, 1999, p. 18.

11 Allan Bloom, *The closing of the American mind: how higher education has failed democracy and impoverished the souls of today's students*, London, Penguin Books, 1988, p. 293 (versión en español, *El cierre de la mente moderna*, Barcelona, Plaza & Janés, 1989).

12 Steiner, George, *Nostalgia del absoluto*, Madrid, Siruela, 2001, p. 85.

13 Ibid., p. 111. No pretendo, con lo dicho, contribuir a hacer realidad la horrible profecía de Matthew Arnold, de que la literatura iría sustituyendo progresivamente a la religión; Clive Staples Lewis, *De este y*

La lectura abre ventanas a nuestra vida, ensancha nuestra experiencia. El profesor de teoría de la literatura y crítico literario Ricardo Senabre lo ha expresado en una certera síntesis:

Lo primero que hace la literatura es dilatar nuestra retina, ampliar nuestra capacidad de visión, mostrarnos múltiples maneras nuevas de contemplar las cosas, sacarnos de nuestras casillas y acercarnos a otras formas de vida posibles, a otros modos de amar, de vivir, de sentir. Gracias a la literatura, nuestro mundo mental se ensancha prodigiosamente. Los libros nos permiten emigrar a otros lugares y a otros tiempos, conocer las experiencias, los estados de ánimo, los sueños, las venturas y desventuras en que se forjaron miles de seres humanos –reales o de ficción– de otros ámbitos y tal vez de épocas remotas a los que, salvando las barreras del tiempo y del espacio, podemos acercarnos como a viejos amigos y maestros del vivir. No existe instrumento de comunicación ni vínculo de solidaridad más formidable. La lectura divierte, consuela, enseña y logra poblar nuestra soledad de figuras y personas con las que podemos dialogar mediante el asentimiento, la discrepancia o la matización reflexiva, como acertó a plasmar Quevedo en versos memorables: “Retirado en la paz de estos desiertos, / con pocos, pero doctos libros juntos, / vivo en conversación con los difuntos / y escucho con mis ojos a los muertos”¹⁴.

Por eso se ha podido decir que aprender a leer es tanto como aprender a vivir. Se trata de un aprendizaje que también exige esfuerzo; que comporta una actitud de búsqueda de las respuestas a los grandes interrogantes de la persona y de la sociedad, sin pactos con planteamientos superficiales o escapistas de la vida. La lectura muchas veces comporta por eso fatiga: para emprender y sostener el ejercicio de la lectura hace falta aceptar el esfuerzo propio de los trabajos del espíritu, por un plano inclinado ascendente: otra razón de la escasez de verdaderos lectores. En todo buen lector se esconde, en realidad, un filólogo. “Desde Nietzsche, se cali-

otros mundos. *Ensayos sobre literatura fantástica*, Barcelona, Alba Editorial, 2004, p. 209. Se trata, como ha mostrado el lingüista E. Coseriu, de dos universos de conocimiento diferentes; Eugenio Coseriu, “Orationis fundamenta. La plegaria como texto”, *Rilce*, 19, 1, Pamplona, 2003, 1-25.

14 Senabre, ob. cit., p. 11.

fica a la filología de arte de la lectura lenta. Demorarse en algo en lugar de pasar rápidamente por los textos cosechando informaciones es, en verdad, un arte que va desapareciendo”¹⁵.

Para leer mejor

El arte de la lectura tiene algo de ejercicio ascético, de renuncia a los mil y un encantos insignificantes que seducen cada momento nuestra atención. Por eso el mayor enemigo de la lectura es el aturdimiento en que, casi inevitablemente, estamos instalados, entre el fuego cruzado de mensajes instantáneos y contradictorios. El diagnóstico que hizo Octavio Paz, y que copio a continuación, me parece magistral:

Es indudable que hoy se lee más que antes. ¿Se lee mejor? Lo dudo. La distracción es nuestro estado habitual. No la distracción del que se aleja del mundo para internarse en el secreto y movedizo país de su fantasía, sino la de aquel que está siempre fuera de sí, perdido en la mediocre e insensata agitación cotidiana. Mil cosas solicitan a la vez nuestra atención y ninguna de ellas logra retenernos; así la vida se nos vuelve arena entre los dedos y las horas humo en el cerebro. Si tuviéramos el valor de hacer un diario examen de nuestros actos y pensamientos, confesaríamos que somos culpables no de crímenes sin expiación sino de incontables y momentáneos deseos y apetitos, seguidos de mínimas abjuraciones y traiciones a nosotros mismos y a los otros. Pero ¿somos capaces de recordar siquiera lo que hicimos ayer? Si nuestro pecado se llama disipación, nuestro castigo se llama olvido. Leer es lo contrario de esa dispersión; leer es un ejercicio mental y moral de concentración que nos lleva a internarnos en mundos desconocidos que poco a poco se revelan como una patria más antigua y verdadera: de allá venimos. Leer es descubrir insospechados caminos hacia nosotros mismos. Es un reconocimiento. En la era de la publicidad y la comunicación instantánea, ¿cuántos pueden leer así? Muy pocos. Pero en ellos, no en las cifras de las estadísticas, está la continuidad de nuestra civilización¹⁶.

15 Hans-Georg Gadamer, *Arte y verdad de la palabra*, Barcelona, Paidós, 1998, p. 69.

16 Paz, ob. cit., pp. 79-80.

Literatura frente a *best sellers*

¿Cómo enseñar o aprender a leer? Y de nuevo la voz de Salinas: “Los mejores profesores de lectura: los buenos libros. ...Se aprende a leer leyendo buenas lecturas, inteligentemente dirigido en ellas, avanzando gradualmente por la difícil escala”¹⁷. Con un aviso importante del Nobel mexicano: “La lógica del mercado no es la lógica de la literatura”¹⁸.

Decía Ezra Pound a un joven amigo en una de sus cartas:

Por amor de Dios, medite en aquello que le dije una vez: nada de lo que se escribe por dinero vale un comino; lo único que vale es aquello que se ha escrito contra el mercado. No hay veneno peor que el dinero. Si se recibe un gordo cheque, uno piensa inmediatamente que ha hecho algo, pero al poco tiempo ya no corre sangre por sus venas sino tinta¹⁹.

Y una confesión del escritor inglés William Hazlitt: “Odio los libros nuevos. Hay veinte o treinta volúmenes que leo y vuelvo a leer, una y otra vez, y son los únicos que me gusta leer”²⁰. Dice Salinas: “Y nos aclara una evidencia, a saber, que la novedad o la antigüedad de un libro nada aseguran respecto a su excelencia”.

Los clásicos

Sobre los clásicos se ha dicho ya todo. Tomaré, pues, prestadas algunas de las cosas dichas. “Un clásico es un libro que nunca termina de decir lo que tiene que decir”²¹. “Los clásicos sirven para entender quiénes somos y adónde hemos llegado. (...) No se crea que los clásicos se han de leer porque ‘sirven’ para algo. La única razón que se puede aducir es que leer los clásicos es mejor que no leer los clásicos”²².

17 Salinas, ob. cit., p. 221.

18 Paz, ob. cit., p. 99.

19 Citado por Paz, *ibíd.*, p. 110.

20 Citado por Salinas, ob. cit., p. 182.

21 Italo Calvino, *Por qué leer los clásicos*, Barcelona, Tusquets, 1995, p. 15.

22 *Ibid.*, pp. 19-20.

Los clásicos son los escogidos por el sufragio implícito de las generaciones y los siglos, por tribunales que nadie nombra ni a nadie obligan, en verdad, pero cuya autoridad por venir de tan lejos y tan arriba se acata gustosamente. Son centenares de hombres, en miles de años, los autores de esas listas, ni escritas ni numéricamente cerradas, las listas de la viva e iluminada tradición, liberales, abiertas a todos²³.

[Hay] textos milenarios que, para algunas personas, no han perdido nada de su capacidad de provocación, de su vitalidad, de su fuerza para impresionar. Pero también hoy puede nacer un clásico. ¿Qué quiere decir eso de un clásico? Significa que se trata de un texto que, en sentido estricto, es inagotable. Es leído, repetido, reinterpretado y, sin embargo, mantiene siempre su frescura. Y no hablo en sentido metafórico, en modo alguno: no se trata de algo simulado, sino de una experiencia casi fisiológica, la impresión de algo ya conocido que se nos presenta de una manera totalmente novedosa²⁴.

“Los asuntos públicos y sus héroes, pasan; los poemas, las pinturas y las sinfonías, no pasan.”²⁵ La lista de figuras literarias omnipresentes en el imaginario colectivo sería interminable: Ulises, Antígona, Hamlet, Don Quijote, Raskolnikov, Iván Ilich, Gregor Samsa, Charles Ryder...

Uno se convierte en lo que lee

Decía así Goethe hablando de Winkelmann: “Cuando uno lee no aprende algo: se convierte uno en algo”²⁶. Y comenta Salinas: “Soberbio modo de expresar el efecto más de-

23 Salinas, ob. cit., p. 209.

24 Steiner y Ladjali, ob. cit., pp. 126-127.

25 Paz, ob. cit., p. 75.

26 Anoto, con su contexto, otra traducción: “Le he contado a Goethe que estos días he estado leyendo el tratado de Winkelmann sobre la imitación de las obras de arte griegas, y he tenido que reconocer que muchas veces me da la impresión de que, por aquel entonces, Winkelmann aún no tenía las ideas muy claras sobre sus propósitos.

Pues sí, tiene usted razón –admitió Goethe–. A veces podemos sorprenderlo dando palos de ciego. Con todo, y eso es lo grande, sus tanteos siempre están apuntando hacia algún sitio. Se parece a Colón, que aun sin haber descubierto todavía el Nuevo Mundo, de alguna manera lo intuía ya. Uno, al leerlo, no aprende nada, pero deviene algo”. Johann P. Eckermann, *Conversaciones con Goethe*, trad. de Rosa Sala Rose, Barcelona, El Acanalado, 2005, p. 279.

cisivo de la lectura, su función sagrada: hacerse vida y carne y hecho, en un hombre”²⁷.

Thoreau afirmaba que él no era un ápice mejor que sus vecinos: sólo leía mejores libros. Podríamos sentenciar, parafraseando el conocido refrán español, “Dime lo que lees y te diré quién eres”. Porque, con palabras del escritor mexicano Amado Nervo, “el hombre que está mirando las estrellas es una parte de las estrellas; el hombre que está mirando el cielo es una parte del cielo. Allí donde llega nuestra insistente mirada va con ella una prolongación especial de nuestro yo”²⁸.

Los grandes libros marcan en los lectores un antes y un después. Cualquier lector mínimamente experimentado podría ejemplificarlo con obras concretas, detallando el impacto recibido de su lectura, aun cuando pueda haber olvidado el detalle de la trama o los personajes singulares. Hay iluminaciones que uno recibe y que cambian ya para siempre su manera de estar en el mundo o de percibir determinadas realidades. ¡Cuántas veces la actuación de un personaje ha sido el espejo que nos ha hecho caer en la cuenta de un comportamiento propio egoísta o mezquino que quizá ignorábamos! Vemos muchas más cosas de las que pensamos a través de los ojos de figuras literarias, es decir, de los artistas que les dieron vida. Las lecturas, al permitirnos ahondar en la propia intimidad y descubrirnos nuestra propia verdad, condicionan nuestro modo de sentir y de entender. Pero también, como advierte Juan Pablo II, “nuestro modo de pensar; y éste determina nuestra forma de vivir. Por eso es fundamental elegir bien. Las decisiones en este campo no son actos moralmente indiferentes, porque las consecuencias no lo son”²⁹.

Seleccionar

Importa, pues, seleccionar las lecturas. “Plus élire que lire”, decía Paul Valéry. Como

Pedro Salinas, “creo que la facultad señora en la lectura ha de ser la selectiva”³⁰.

El problema es aprender a seleccionar. Quien lo consiga podrá dar pasos de gigante en el arte de la lectura. “Siempre he tenido un dilema, confesaba Juan Pablo II: ¿Qué leo? Intentaba escoger lo más esencial. ¡La producción editorial es tan amplia! No todo es valioso y útil. Hay que saber elegir y pedir consejo sobre lo que se ha de leer”³¹. Pedir consejo sobre lo que se ha de leer... Cualquiera persona cuerda se deja aconsejar en los más variados ámbitos de la vida, sin tener por eso la sensación de que se merma su autonomía y capacidad de decidir. Al contrario: a mayor conocimiento, mayor libertad. Sin embargo, cuando el asesoramiento afecta a la esfera de la valoración intelectual o estética de los productos del espíritu, se tiende a percibir el criterio ajeno como un límite infundado y embrutecedor. Como observa Shattuck, “puede que la ignorancia no sea la felicidad, pero la observancia de algunas prudentes restricciones del conocimiento podrían haberle evitado su destino a Orfeo, a Ícaro y a la mujer de Lot”³². Pero parece que la curiosidad es el único impulso humano que no debe nunca reprimirse. Desde luego, ningún axioma resulta tan provocador para la mentalidad hoy dominante como el de Bernardo de Claraval: “La curiosidad es el principio de todos los pecados”.

(Uso aquí, con naturalidad y confianza, palabras designadoras de valores, bienes o males, virtudes y vicios, aun a sabiendas de que decenios de pensamiento “deconstructivista” les han inyectado tales dosis de sospecha, que las han dejado poco menos que inutilizables. El problema es comulgar con el dogma en que se fundamenta el paradigma alternativo de valores, con base en el que se pretende derribar el “tradicional”³³. Prefiero seguir usando las palabras corrientes de la lengua, en vez de la

27 Salinas, ob. cit., p. 257.

28 Amado Nervo, “Pensando”, *Obras completas*, II, Madrid, Aguilar, 1962, p. 970.

29 Juan Pablo II, *¡Levantaos! ¡Vamos!*, Barcelona, Plaza y Janés, 2004, p. 89.

30 Salinas, ob. cit., p. 217. Recomienda Salinas conformarnos con los libros que cada uno pueda leer “honda, fecunda y delicadamente. ¿Que no pueden ser muchos? Pues que sean buenos” (p. 177).

31 Juan Pablo II, ob. cit., p. 89.

32 Roger Shattuck, *Conocimiento prohibido*, Madrid, Taurus, 1998, p. 40.

33 Clive Staples Lewis, *La abolición del hombre*, Madrid, Encuentro, 1990, passim.

jerga de diseño, políticamente correcta, ideada por los “deconstructores”).

Lectura y valores humanos

La lectura bien asimilada, tanto de autores literarios clásicos como de escritores actuales, es un medio principal para conseguir una buena formación como persona. A la hora de explicar valores humanos o principios morales (la amistad, la lealtad, la sinceridad, el respeto, etc.), una simple descripción teórica de esos valores y principios no alcanza a tocar la médula de lo que se quiere transmitir. Parece que nos quedamos siempre en el umbral. Es conocida la afirmación de que una buena clase de ética no hace buenos a los alumnos. Parece que los razonamientos, por muy claros y articulados que estén, no concluyen del todo o, mejor dicho, no convencen por completo. Para llegar a la convicción hace falta algo más. Y este algo más, como en parte vio Aristóteles y, también, toda la tradición cristiana, es la poética.

Las lecturas literarias sabiamente elegidas pueden, pues, contribuir de forma notable a la educación de las personas. Los profesores de literatura y los críticos literarios deberían asumir la parte de responsabilidad que les corresponde. Es cierto que los profesores de literatura enseñan literatura, y no antropología, ni ética, ni religión. Sin embargo, esto no impide que se trate de capacitar a los estudiantes para que sepan valorar en qué medida una determinada obra literaria contribuye a dar una respuesta acorde con la dignidad humana, y si está en consonancia con la visión con que se desea orientar la propia vida.

El profesor, en particular, debe tener presente que los libros que recomienda en clase contribuyen a formar la sensibilidad y la capacidad de elegir con tino otros libros fuera del aula. Con los textos recomendados se pueden marcar pautas de lectura que resulten útiles para que cada uno decida con acierto lo que le compense o no leer.

Poesía

Me gustaría dedicar aunque sólo fuera unas pocas palabras a la Poesía. “Desde el paleolítico, la poesía ha convivido con todas las sociedades humanas; no hay una sociedad que no haya conocido esta o aquella forma de poesía”³⁴. Pero hablar de poesía es hablar de minorías.

Comentando O. Paz la conocida dedicatoria de uno de los libros de Juan Ramón Jiménez (“A la inmensa minoría”), escribe: “Los muchos-pocos que leen poemas se internan en realidades inconmensurables y, en esos espejos de palabras, descubren su propia infinitud. La lectura de un poema conecta al lector con una zona transpersonal y, en el sentido recto de la palabra, inmensa”³⁵.

La poesía tiene hoy escasa visibilidad y arraigo social. Las ediciones de textos poéticos cuentan con cifras insignificantes de ejemplares, que luego ni siquiera se venden: van de mano en mano, dedicatoria incluida, en círculos limitados de amigos.

En un mundo regido por la lógica del mercado ..., la poesía es una actividad de rendimiento nulo. ...Para la mente moderna, aunque no se lo confiese a ella misma, la poesía es energía, tiempo y talento convertidos en objetos superfluos. ...Poesía: gasto, dispendio, desperdicio. No obstante, contra viento y marea, la poesía circula y es leída. Rebelde al mercado, apenas si tiene precio; no importa: va de boca en boca, como el aire y el agua. Su valía y su utilidad no son mensurables: un hombre rico en poesía puede ser un mendigo³⁶.

Para la mentalidad moderna, “la poesía es un arte destinado a desaparecer o a convertirse en una curiosidad más en el museo de las anti-guallas”³⁷. La poesía ha sobrevivido, es cierto, pero “condenada a ocultarse en las catacum-

34 Paz, ob. cit., p. 133.

35 *Ibid.*, p. 72.

36 *Ibid.*, p. 134.

37 *Ibid.*, p. 75.

bas”, “considerada por algunos como una actividad inútil y por otros como un pasatiempo arcaico”³⁸.

Sin embargo, “en cuanto a lo que es conocimiento útil, el efecto penetrante de un solo verso en la mente acaso produzca más pensamientos y lleve a más claridades –que es lo que el hombre necesita– que el más completo conocer del proceso de la digestión”³⁹. Porque “el poeta habla siempre desde el nivel / exacto del hombre”⁴⁰.

No hay que olvidar que el genio poético es algo oral. “En la mayoría de las grandes culturas de nuestro planeta, observa Steiner, la poesía se transmite de viva voz, y no a través de libros”;

por eso lamento tanto el que ya no se aprenda nada de memoria. Aprender de memoria significa, en primer lugar, trabajar con un texto de una forma absolutamente excepcional. Lo que uno ha aprendido de memoria cambia con uno mismo, y la persona se transforma con ello, a su vez, a lo largo de toda la vida. En segundo lugar, nadie será capaz de arrebatárselo. Lo que uno sabe de memoria es lo que le pertenece a uno mismo. ... Constituye, pues, una de las grandes posibilidades de la libertad, de la resistencia⁴¹.

Hoy sólo se habla de la memoria para medir la capacidad de almacenamiento de datos que tienen los aparatos electrónicos. Por otra parte, la facilidad de adquisición, uso y transporte de esos instrumentos hace que podamos disponer de ellos con la flexibilidad e inmediatez con que usamos un órgano de nuestro propio cuerpo. Bienvenidos sean estos benditos artilugios. Pero no vendría mal emprender una campaña para prestigiar la facultad humanísima de la memoria⁴².

38 *Ibid.*, pp. 106-108.

39 Salinas, *ob. cit.*, p. 205.

40 León Felipe, “El gran responsable”, México, 1940.

41 Steiner y Ladjali, *ob. cit.*, pp. 77-78.

42 “Creo sinceramente –advierte Steiner–, que cuando se deja de lado el aprendizaje de memoria –y los jóvenes aprenden muy rápido de ese modo, algo admirable en verdad–, cuando se descuida la memoria, si no se la ejercita igual que un atleta hace con sus músculos, ésta se debilita. Nuestra escolaridad, hoy, es amnesia planificada”. *Ibid.*, pp. 78-79.

Final

Las palabras del ya varias veces citado profesor y crítico Senabre, que transcribo por extenso, pueden parecer duras; pero dan en la diana:

Los seres refractarios a la lectura tendrán reducido a proporciones minúsculas su espacio vital. ... Serán seres dóciles, pasivos, sin apenas experiencias, sin recursos ante las situaciones nuevas a que se enfrenten, y acaso preferirán dejarse hipnotizar pasivamente ante una pantalla a la que, además, tendrán la ilusión de dar órdenes. Porque las creaciones audiovisuales son, hoy por hoy, los enemigos más poderosos de la lectura⁴³.

La lectura literaria es una de las acciones más libres, menos gregarias, más egregias (*ex grege*), más inconformistas que hoy se pueden realizar. La lectura nos devuelve la vida personal que a veces nos expropian, con malas artes, los productos seductores diseñados por la industria del consumo. La lectura es, por eso, espacio de autoposesión y de libertad. Cuando gozamos de la gran literatura somos verdaderamente “enanos que vamos en hombros de gigantes”. Es la mejor gimnasia para mantener en forma la musculatura mental, y liberarse de las adiposidades deformes y la modorra intelectual que genera el consumo sedentario de productos audiovisuales enlatados.

Decía antes que la lectura representa, en la vida personal, un espacio de libertad. Podría pensarse que el precio de esa libertad es la huida a mundos irreales, de ensueño, de evasión. Pero no. Como decía Kafka, el hombre sólo puede alcanzar la libertad a través del conocimiento y aceptación de la realidad, de la verdad, del cumplimiento de sus obligaciones. “Y eso –precisaba– es lo más grande en la vida”⁴⁴. Porque, realmente, “la verdad es lo que todo hombre necesita para vivir. ... La vida sin verdad no es posible. Quizá la verdad sea la vida misma”⁴⁵.

43 Senabre, *ob. cit.*, p. 11.

44 Janouch, Gustav, *Conversaciones con Kafka*, Barcelona, Destino, 1999, p. 187.

45 *Ibid.*, pp. 282-283.

Preguntaba en cierta ocasión el joven escritor Janouch a Kafka su parecer acerca de la colección de ensayos de Óscar Wilde titulada *Intenciones*. Y Kafka respondió:

–Reluce y atrae como sólo puede relucir y atraer un veneno.

–¿No le gusta el libro?, apostilló Janouch.

–Yo no he dicho eso, matizó Kafka. Al contrario: puede gustar demasiado fácilmente, lo cual también es uno de los grandes peligros que encierra este libro. Y es que es peligroso porque juega con la verdad. Jugar con la verdad siempre supone jugar con la vida ⁴⁶.

Estoy de acuerdo con la tantas veces citada afirmación de Óscar Wilde, de que “no hay libros morales e inmorales. Los libros, o están bien escritos, o están mal escritos” (*El retrato de Dorian Gray*). De lo que no estoy seguro es de si siempre coincidiríamos en la valoración acerca de qué libros concretos están bien o mal escritos. Pero la auténtica obra de arte literario (lo absolutamente “bien escrito”) nunca es inmoral⁴⁷. Independientemente de que su autor empírico lo sea. ■

Bibliografía

Bloom, Allan, *The closing of the American mind: how higher education has failed democracy and impoverished the souls of today's students*, London, Penguin Books, 1988. (Versión en español, *El cierre de la mente moderna*, Barcelona, Plaza & Janés, 1989).

Calvino, Italo, *Por qué leer los clásicos*, Barcelona, Tusquets, 1995.

Coseriu, Eugenio, “Orationis fundamenta. La plegaria como texto”, *Rilce*, 19, 1, Pamplona, 2003, 1-25.

Eckermann, Johann Peter, *Conversaciones con Goethe*, edición y traducción de Rosa Sala Rose, Barcelona, Acantilado, 2005.

Gadamer, Hans-Georg, *Arte y verdad de la palabra*, Barcelona, Paidós, 1998.

Janouch, Gustav, *Conversaciones con Kafka*, Barcelona, Destino, 1999.

Juan Pablo II, *¡Levantaos! ¡Vamos!*, Barcelona, Plaza y Janés, 2004.

Lewis, Clive Staples, *De este y otros mundos. Ensayos sobre literatura fantástica*, Barcelona, Alba Editorial, 2004.

Lewis, Clive Staples, *La abolición del hombre*, Madrid, Encuentro, 1990.

Nervo, Amado, “Pensando”, *Obras completas*, tomo II, Madrid, Aguilar, 1962.

Paz, Octavio, *La otra voz. Poesía y fin de siglo*, Barcelona, Seix Barral, 1990.

Sábato, Ernesto, *Antes del fin*, Barcelona, Seix Barral, 1999.

Salinas, Pedro, *El defensor*, Barcelona, Península, 2002 [1948].

Senabre, Ricardo, “La lectura necesaria”, *El semanal*, Madrid, 6-12 de abril, 2006.

Shattuck, Roger, *Conocimiento prohibido*, Madrid, Taurus, 1998.

Steiner, George, *Nostalgia del absoluto*, Madrid, Siruela, 2001.

Steiner, George y Cécile Ladjali, *Elogio de la transmisión. Maestro y alumno*, traducción de Gregorio Cantera, Madrid, Siruela, 2005. (Título original, *Éloge de la transmission. Le maitre et l'élève*, Éditions Albin Michel, 2003).

Terrasa, Eduardo, *El viaje hacia la propia identidad*, Pamplona, Eunsa, 2005.

Thoreau, Henry David, *Walden o la vida en los bosques*, Yale University Press; annotated edition, 2004 [1854].

46 *Ibid.*, pp. 284-285.

47 E. Coseriu, *ob. cit.*, p. 19.

